PERIÓDICO	PÁGINA	FECHA	SECCIÓN
EL INDEPENDIENTE	3	28/07/2025	OPINIÓN

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXVI LEGISLATURA
SOBERANÍA Y JUSTICIA SOCIAL

POR PABLO CABAÑAS DÍAZ

Claudia Sheinbaum: la consolidación de su poder

Una noche de septiembre de 1976, mientras recorría en soledad los corredores húmedos y dorados de Palacio Nacional, José López Portillo –último presidente de la era priista fundacional– murmuró una frase que se quedaría en la historia como un lamento y una sentencia: "Aquí empieza la soledad del poder".

No era una queja, sino una constatación. En México, el poder presidencial no se reparte: se ejerce o se diluye.

Casi cinco décadas después, esa sentencia adquiere nueva vigencia bajo el andar, firme y sin alardes, de una científica que ahora gobierna desde la cúspide: Claudia Sheinbaum ha dejado de ser candidata, ha dejado incluso de ser sucesora. Ahora es, sin retórica ni tambor, la presidenta.

Mucho se ha dicho sobre el triunfo electoral de Sheinbaum –cifras, porcentajes, mapas de color guinda–, pero poco se ha narrado sobre su verdadero ascenso: el del poder invisible, ese que no se gana en las urnas, sino en los pasillos, en las omisiones y en los silencios del régimen.

En marzo pasado, aún en el umbral de su mandato, la presidenta caminaba bajo el desprecio de los hombres fuertes del lopezobradorismo: Adán Augusto López, Ricardo Monreal y Andrés Manuel López Beltrán.

Fue una escena reveladora, cuando le dieron la espalda a Claudia Sheinbaum, previo al discurso de la mandataria daría sobre los aranceles de Donald Trump en el Zócalo de la ciudad de México. Sheinbaum evitó detenerse a saludarlos. Pasó de largo.

En el mundo de las formas, el haberle dado la espalda a la presidenta en ese mitin fue un agravio pocas veces visto. Han pasado apenas unos meses desde aquella escena.

Pero en política, los plazos se aceleran cuando el poder real comienza a ejercer su peso. El caso de Adán Augusto López es paradigmático.

Exsecretario de Gobernación, actual coordinador de Morena en el Senado, operador hábil, conocedor de las penumbras del sistema.

Desde Tabasco hasta Chiapas, su nombre ha tejido redes que combinan institucionalidad y clientelismo.

Hay en su figura el eco de los viejos secretarios de Gobernación que administraban tanto la ley como el secreto.

Sin embargo, el nuevo tiempo político lo ha dejado en espera.

Hasta hoy, según palabras de la propia presidenta, no existe carpeta alguna en su contra por el caso de Hernán Bermúdez Requena, exsecretario de Seguridad en Tabasco.

La frase no absuelve, pero tampoco persigue. Es, por ahora, un compás de silencio.

Ricardo Monreal, en cambio, se mueve con la fluidez de quien ha sobrevivido a varias purgas.

No es ya el caudillo incómodo, sino el cortesano de voz baja.

Recientemente se le vio en un hotel de lujo en España, no como senador en gira oficial, sino como miembro de una aristocracia que no necesita cargo para ejercer poder.

Monreal no busca ya la presidencia; busca algo más intangible: el estatuto del impune elegante, la amnistía tácita de quien negocia con los nuevos vencedores su lugar en el relato.

Andy López Beltrán, el hijo del expresidente, intentó heredar sin merecer. Apostó a la sombra del padre, a la estructura que creyó suya.

Impuso candidatos, maniobró alianzas, operó en estados clave. Pero en Veracruz, Coahuila y, sobre todo, en Durango, sus apuestas se volvieron derrotas.

Su nombre, antes pronunciado con cautela, se escucha ahora con sorna en los corredores del partido.

La herencia simbólica que cargaba se volvió carga política. El apellido persiste, pero el mandato ha caducado.

Hay algo profundamente simbólico –y político– en esta reconfiguración interna.

Lo que vivimos no es una simple alternancia burocrática: es una transición dentro del régimen. Una purga sin estridencias.

Una restauración del presidencialismo no como nostalgia, sino como necesidad.

El poder ya no está en disputa; está siendo reclamado por una figura que no proviene del linaje, sino de la técnica.

Claudia Sheinbaum no grita, no amenaza, no improvisa. Calcula. Reestructura. Decide. Pero el poder en México –como bien lo sabía López Portillo– no es una propiedad perpetua. Se administra, se defiende,

y a veces se pierde sin advertencia. Sheinbaum lo comprende.

Su verdadero desafío no es ya derrotar a la oposición externa, sino traducir su legitimidad electoral en eficacia gubernamental.

No basta con mandar: hay que gobernar. Y gobernar, en este México fragmentado, implica centralizar sin asfixiar, ordenar sin perseguir, y sostenerse sin espectáculo.

Su estilo desconcierta. Formada en el rigor de la academia y no en el barro del mitin, Sheinbaum desarma a sus adversarios con la frialdad de los datos y la estrategia de gabinete. No necesita alzar la voz: le basta con redactar un memorándum. No ruega al partido; lo disciplina desde el poder del presidencial.

El presidencialismo que encarna no es el del viejo PRI; es uno nuevo, tecnocrático, pero con brújula ideológica, donde la racionalidad sustituye al carisma. Lo que viene será arduo. Gobernar en la soledad es más difícil que acompañar un proyecto.

Pero Sheinbaum, con su voz baja y su voluntad férrea, ha entendido algo que los hombres del viejo régimen no advirtieron: que, en México, el único poder duradero es aquel que se ejerce sin estridencias, pero con claridad.

El presidencialismo ha vuelto. Y esta vez, ha llegado en voz de mujer, con cálculo, con método, y con una soledad que, lejos de debilitarla, la fortalece.